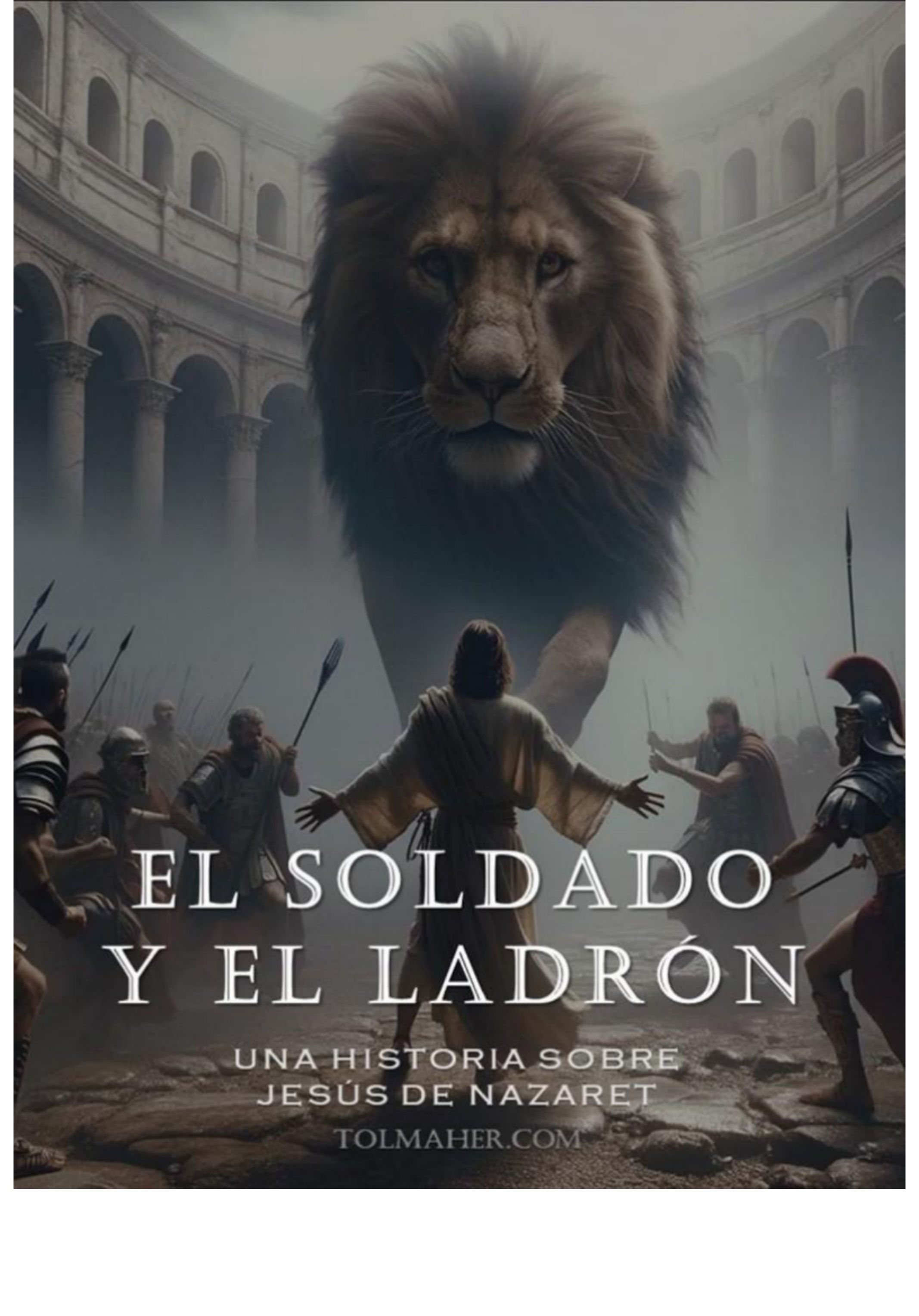

EL SOLDADO
Y EL LADRÓN
UNA HISTORIA SOBRE
JESÚS DE NAZARET
TOLMAHER.COM

Table of Contents

El Soldado y el Ladrón

Una historia sobre Jesús de Nazaret

TOLMARHER

Este libro ha sido escrito con humildad de manera sencilla y asequible;
Para todos aquellos que quieran acercarse a la palabra y conocer a la Luz del Mundo.
Está es la historia de mi Fe.

TÍTULO Y REGISTRO

Título Original: El Soldado y el Ladrón. Una historia sobre Jesús de Nazaret

Contenido

1. La Ciudad Eterna

ROMA

Año 64 de nuestra era.

El sol despuntaba ahora sobre la Ciudad Eterna.

Oculto de los rayos solares, en el subsuelo bajo el Coliseo se desarrollaba un drama oscuro y triste.

En ese lúgubre abismo, el eco de las cadenas y los lamentos de los condenados; hombres, mujeres y niños… resonaba contra las frías paredes de piedra, un coro constante de desesperanza y dolor.

El soldado, cuyo honor y valentía una vez se habían celebrado en los campos de batalla, yacía ahora quebrado, su uniforme, un día símbolo de su estatus y fuerza, estaba reducido a jirones ensangrentados.

Al otro lado, un ladrón, un hombre curtido por años de supervivencia en las sombras de Roma, observaba al soldado con una mezcla de respeto y curiosidad. A pesar de su propia situación desesperada, se sentía intrigado por este guerrero que portaba la marca del cristianismo, un credo que había desafiado el mismísimo poder de Roma.

> "¿Qué fortaleza interior te sostiene?, soldado…", inquirió el ladrón, su voz apenas un susurro en la oscuridad opresiva. "¿Qué es lo que te hace aferrarte a tu fe, incluso cuando la espada de Damocles pende sobre tu cabeza?"

El soldado levantó la vista, sus ojos brillando con una chispa de algo inquebrantable, una luz que la oscuridad de la mazmorra no podía extinguir.

> "Es Jesús," respondió, su voz fue ganando firmeza, "el Maestro que enseñó con palabras y hechos, cuyo amor y sacrificio trascienden incluso los muros de esta prisión."

Aquel ladrón, lastimero y desnutrido se recostó contra el frío muro, procesando las palabras del soldado.

"Háblame de él," pidió, la curiosidad superando el miedo y la resignación en su voz. "Cuéntame tu historia."

Mientras la voz del soldado tejía la narrativa de Jesús, el aire frío y estancado de la mazmorra parecía vibrar con una energía nueva. El soldado habló del nacimiento de Jesús en Belén, de cómo la humildad marcó sus inicios, con pastores y magos acudiendo a honrarlo. Relató las enseñanzas de Jesús, su mensaje de amor, perdón y misericordia, que desafiaba las rígidas normas de la sociedad y ofrecía esperanza a los marginados y oprimidos.

El soldado describió los milagros —los enfermos sanados, los hambrientos alimentados, los muertos resucitados— y cómo cada acto de Jesús estaba impregnado de compasión y autoridad divina. También habló de la determinación de Jesús, su enfrentamiento con los poderes establecidos, y su inquebrantable compromiso con la verdad y la justicia.

Luego, su voz se tornó sombría al llegar al relato de la pasión: la traición, el juicio y la crucifixión. Describió cómo Jesús, incluso en la agonía y el abandono, perdonó a sus ejecutores y prometió el paraíso a un ladrón arrepentido junto a él en la cruz.

"Así es el amor incondicional de Jesús", dijo el soldado, "un amor que acepta el sufrimiento extremo por el bien de otros, incluso de aquellos que lo rechazan."

El ladrón escuchaba, absorto, mientras el relato culminaba con la resurrección de Jesús, su victoria sobre la muerte, y la promesa de vida eterna para quienes creen en él.

"Esta es la razón por la que no puedo renunciar a Él," concluyó el soldado, "porque Él no renunció a nosotros, incluso ante la muerte."

El ladrón, movido por la historia, encontró en el relato del soldado un destello de algo que había considerado perdido: la esperanza. En la más oscura de las circunstancias, en una mazmorra bajo el cruel

espectáculo del Coliseo, la fe del soldado y la historia de Jesús plantaron una semilla de luz en su corazón, un anhelo de creer que, incluso para alguien como él, podría haber redención.

Así, con dos hombres unidos por la adversidad, compartiendo un momento de revelación espiritual en las profundidades de la desesperación humana, un lazo forjado por la poderosa narrativa de la salvación y sacrificio, amor y redención, en la sombra de la muerte inminente; la historia, ahora más detallada, comenzó a emanar de los labios del soldado y por un instante los rugidos de las bestias, los sollozos de los condenados y el griterío de la multitud enardecida enmudecieron.

2. Belén

JUDEA

Año 0.

En aquellos tiempos remotos, un decreto imperial de Augusto se difundió por los vastos dominios del Imperio Romano, instaurando una orden que demandaba que todos los súbditos del imperio participaran en un censo. Esta no era una mera formalidad burocrática; era una directriz que forzaba a cada individuo a retornar a su ciudad natal, un peregrinaje no solo físico, sino también un viaje introspectivo a través de la memoria y la herencia de sus mayores.

En la distante provincia de Judea, en la pequeña ciudad de Nazaret, residía un hombre de nombre José, perteneciente a la ilustre estirpe de David. Su existencia experimentó un giro insólito cuando se vio en la necesidad de iniciar un trayecto hacia Belén, la ciudad de David, en compañía de María, su esposa, quien se hallaba en cinta.

Aunque el periplo era una exigencia del emperador, para ellos revestía un significado mucho más profundo y trascendental, teñido por una promesa de origen celestial.

Esta pareja, envuelta en la sencillez de su vida cotidiana, se encontraba ahora en el centro de una narrativa mucho mayor que ellos mismos, una historia que entrelazaba lo divino con lo terrenal. El terroso y soñoliento viaje a Belén no era solo un cumplimiento de un edicto imperial, sino también una peregrinación hacia un destino que cambiaría no solo sus vidas, sino el curso de la historia humana.

En medio de este contexto histórico y espiritual, José y María se embarcaron en un camino lleno de incertidumbres, pero también de fe, esperanza y una profunda convicción en las promesas que se les habían revelado.

María, era una joven de fe inquebrantable, pues llevaba en su vientre al niño prometido, concebido por el Espíritu Santo. Este niño no era un descendiente ordinario; era el Mesías esperado, el que

traería la luz a un mundo sumido en la oscuridad.

La pareja, a pesar de las dificultades del viaje, avanzaba, sostenida por la esperanza y la fe en las promesas que se les habían hecho.

Al llegar a Belén, la ciudad estaba abrumada por la multitud de personas que habían venido a registrarse. Cada rincón estaba ocupado, cada posada llena.

José, con María a su lado, buscó desesperadamente un lugar donde pudieran descansar y, lo que es más importante, un lugar donde María pudiera dar a luz. Pero en cada puerta, la respuesta era la misma: no había lugar para ellos.

Finalmente, en su momento de mayor necesidad, se les ofreció refugio en un lugar humilde, no en una posada, sino en un establo. Allí, entre animales y pesebres, en la más humilde de las circunstancias, María dio a luz a su hijo. Lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en la posada.

En los campos cercanos, muchos pastores vigilaban a sus rebaños bajo el manto estrellado de la noche. De repente, la oscuridad se rompió con una luz celestial y un ángel del Señor se les apareció. El miedo se apoderó de ellos, pero el ángel les trajo buenas nuevas de gran alegría: en la ciudad de David, había nacido un Salvador, el Cristo, el Señor. Esta noticia no era solo para ellos, sino una alegría para todo el pueblo.

Intrigados y llenos de asombro, los pastores se dijeron unos a otros:

> "Vamos a Belén y veamos este evento que el Señor nos ha revelado".

Dejaron sus rebaños y se apresuraron a la ciudad, encontrando a María, a José y al niño, que yacía en el pesebre, tal como el ángel les había dicho.

3. Los magos y los inocentes

En los días que siguieron al nacimiento de Jesús en Belén de Judea, durante el reinado de Herodes, la ciudad no solo albergaba a sus habituales residentes y visitantes ocasionales, sino que también se convirtió en el escenario de un evento extraordinario que atraería a visitantes de tierras lejanas.

Lejos, en el oriente, un grupo de magos, sabios estudiosos del cielo y sus estrellas, observaron un nuevo astro brillante que no se parecía a nada que hubieran visto antes. Esta estrella no era solo un fenómeno celestial para ellos; era una señal, una proclamación astral de un nacimiento real, el nacimiento del rey de los judíos. Movidos por una mezcla de curiosidad y reverencia, decidieron seguir esta estrella, creyendo que los llevaría al nuevo rey.

Su viaje fue largo y arduo, cruzando desiertos y montañas, siguiendo la estrella que brillaba tanto de día como de noche, guiándolos hacia el oeste. Finalmente, llegaron a Jerusalén, la ciudad que esperaban que albergara al recién nacido rey. Sin embargo, su llegada con preguntas sobre "el que ha nacido rey de los judíos" perturbó a la ciudad y, sobre todo, a Herodes, el rey.

Herodes, un hombre conocido por su despiadada retención del poder y su desconfianza hacia cualquier amenaza a su reinado, se inquietó al escuchar la noticia de un nacimiento real. Convocó a los magos secretamente, ansioso por obtener información. Les preguntó el tiempo exacto en que la estrella había aparecido y los envió a Belén, diciéndoles:

> "Vayan e infórmense cuidadosamente acerca del niño; y cuando lo encuentren, avísenme para que yo también vaya a adorarlo".

Los magos, sin conocer las verdaderas intenciones de Herodes, partieron hacia Belén. La estrella que habían visto en el oriente los guió hasta que se detuvo sobre el lugar donde estaba el niño. Su corazón se llenó de alegría al ver la estrella detenerse. Entraron en la

casa y vieron al niño con María, su madre. Postrándose, lo adoraron; luego, abrieron sus tesoros y le ofrecieron regalos de oro, incienso y mirra, presentes dignos de un rey, un dios y un sacrificio.

Advertidos en sueños de no regresar a Herodes, tomaron otro camino de vuelta a su país, dejando atrás a la familia y al niño, cuya vida ya estaba marcada por señales celestiales y terrenales.

Mientras tanto, José, el guardián de este niño especial, recibió un mensaje divino en sueños:

> "Levántate, toma al niño y a su madre, y huye a Egipto. Quédate allí hasta que yo te diga, porque Herodes va a buscar al niño para matarlo".

Sin demora, José se levantó, tomó al niño y a su madre de noche y partió hacia Egipto, donde permanecerían hasta la muerte de Herodes, cumpliendo así las escrituras que decían:

> "De Egipto llamé a mi hijo".

En Belén, la ira de Herodes se desató en un acto de brutalidad inimaginable, ordenando la matanza de todos los niños menores de dos años en Belén y sus alrededores, en un intento de eliminar al nuevo rey. Este acto de violencia cumplió la profecía de Jeremías, donde se escuchó un llanto en Ramá, un lamento inconsolable: Raquel llorando por sus hijos, rehusándose a ser consolada, porque ya no están.

El tiempo pasó, y tras la muerte de Herodes, un ángel del Señor apareció nuevamente en sueños a José en Egipto, diciendo:

> "Levántate, toma al niño y a su madre y ve a la tierra de Israel, porque los que buscaban la vida del niño han muerto".

José se levantó, tomó al niño y a su madre, y regresó a la tierra de Israel. Pero al escuchar que Arquelao reinaba en Judea en lugar de su padre Herodes, temió ir allí. Advertido por Dios en sueños, se retiró a la región de Galilea y se estableció en una ciudad llamada Nazaret, cumpliendo así lo que se había dicho por los profetas:

"Será llamado Nazareno".

4. De las aguas

Pasaron más de tres décadas desde la llegada a Nazaret y en aquellos días, resonó en el desierto de Judea una voz que llamaba a la conversión y al arrepentimiento, una voz que preparaba el camino para algo o, mejor dicho, para Alguien, grandioso que estaba por venir. Esa voz pertenecía a Juan el Bautista, un hombre de aspecto rudo, vestido con ropa de pelo de camello y un cinturón de cuero alrededor de su cintura, cuya dieta era tan austera como su mensaje: langostas y miel silvestre.

Juan predicaba con una pasión que ardía como el sol del mediodía, y su mensaje resonaba en los corazones de todos aquellos que lo escuchaban.

> "Arrepentíos, porque el reino de los cielos está cerca", proclamaba, mientras las aguas del río Jordán fluían suavemente, testigo de la transformación que se operaba en aquellos que acudían a él.

La gente de Judea, de Jerusalén y de toda la región alrededor del Jordán acudía en masa, atraída por la fuerza de su palabra. Confesaban sus pecados y eran bautizados por él en el río, sumergiéndose en las aguas como símbolo de purificación y renacimiento. Pero Juan, consciente de su papel como precursor, señalaba hacia algo o, mejor dicho, hacia Alguien más grande que él:

> "Yo os bautizo con agua para el arrepentimiento, pero el que viene después de mí es más poderoso que yo, y no soy digno de llevarle las sandalias. Él los bautizará con el Espíritu Santo y fuego".

Entonces, en un día que quedaría grabado en la memoria de todos los presentes, Jesús de Nazaret llegó desde Galilea al Jordán para ser bautizado por Juan. Al verlo, Juan reconoció de inmediato la luz que emanaba de Él, una luz que no necesitaba del sol para brillar. Aunque al principio se resistió, diciendo:

"Soy yo quien necesita ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí?", accedió a la petición de Jesús: "Deja que sea así ahora; es conveniente que cumplamos con todo lo que Dios requiere".

Y así, Jesús fue bautizado. Al salir del agua, los cielos se abrieron, y el Espíritu de Dios descendió sobre Él como una paloma, iluminando todo a su alrededor con una luz celestial. Una voz desde los cielos resonó, clara y majestuosa, llenando el aire con su poder y su amor:

"Este es mi Hijo amado, en quien me complazco".

La gente que estaba allí, testigo de este evento sobrenatural, quedó asombrada, sus corazones llenos de una mezcla de asombro, miedo y una alegría incontenible. Algo nuevo estaba comenzando, algo que cambiaría el curso de la historia y de sus vidas para siempre. En las aguas del Jordán, no solo Jesús había sido bautizado, sino que se había revelado el inicio de una nueva era, marcada por la presencia del Hijo amado de Dios entre ellos.

Juan, el fiel precursor, había cumplido su misión, preparando el camino para el que era la Luz verdadera, que alumbra a todo hombre. Y mientras la multitud se dispersaba, llevando en sus corazones la llama de lo que habían presenciado, el eco de la voz celestial seguía resonando en el valle, y la luz que había descendido sobre Jesús iluminaba ahora el camino hacia el futuro.

5. La tentación y los pescadores

Tras el bautismo que marcó el inicio de su misión, Jesús de Nazaret se retiró al desierto de Judea, un lugar de soledad y austeridad, donde los vientos susurraban antiguas historias en las arenas inmutables. Este sería el escenario de una confrontación espiritual, un preludio a los tres años de ministerio que cambiarían el mundo.

Durante cuarenta días y cuarenta noches, Jesús ayunó, sumergido en profunda comunión con el Padre, mientras el vasto cielo diurno se fundía en estrelladas noches. El desierto, con su implacable sol y frías noches, era un lugar donde la claridad del día se encontraba con el misterio de la oscuridad, donde la vida y la muerte danzaban en un equilibrio precario.

En este retiro espiritual, en el pico de su vulnerabilidad física, el tentador se le acercó. Este no era un demonio de cuernos y tridente, sino una presencia sutil, insidiosa, que se deslizaba en el pensamiento como arena entre los dedos.

> "Si eres el Hijo de Dios", dijo, instigando a Jesús a que transformara las piedras en pan. No solo cuestionaba su identidad divina, sino que también apelaba a la necesidad humana más básica: el hambre.

Jesús, aunque debilitado físicamente, permanecía inquebrantable en espíritu. Su respuesta fue un eco de las Escrituras:

> "No solo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios".

En su rechazo, Jesús no sólo afirmaba su confianza en el Padre, sino que también rechazaba la idea de que las necesidades físicas deberían dictar sus acciones o definir su misión.

No disuadido, el tentador llevó a Jesús a la sagrada ciudad de Jerusalén, al pináculo del Templo, donde los tejados dorados brillaban bajo el sol del mediodía.

"Si eres el Hijo de Dios", desafió de nuevo, "arrójate abajo, pues está escrito: 'Él dará órdenes a sus ángeles acerca de ti, y te levantarán en sus manos, para que no tropieces con tu pie en piedra'".

Era una tentación de vanidad y espectáculo, instando a Jesús a demostrar su divinidad de manera dramática, para ganar seguidores a través de milagros ostentosos.

Pero Jesús, firme en su entendimiento de su misión, replicó con la serenidad de la verdad:

"También está escrito: 'No pondrás a prueba al Señor tu Dios'". Su rechazo era una declaración de su compromiso con un camino de humildad y servicio, no de grandiosidad y espectáculo.

Finalmente, el tentador ofreció a Jesús todos los reinos del mundo y su gloria, un vasto panorama de poder y riqueza que se desplegaba ante ellos en un visionario horizonte.

"Todo esto te daré", dijo, "si te postras y me adoras". Era la tentación del poder, la promesa de influencia y dominio, un atajo hacia el reconocimiento y la autoridad sin el camino del sufrimiento y el sacrificio.

La respuesta de Jesús fue un rechazo rotundo, una afirmación de su lealtad inquebrantable al Padre:

"Apártate, Satanás, porque está escrito: 'Al Señor tu Dios adorarás y a él solo servirás'". Con estas palabras, Jesús rechazaba cualquier reino que se construyera sobre la adoración del mal o el compromiso de su misión divina.

El tentador se retiró, y los ángeles descendieron para servir a Jesús, proporcionándole consuelo y fortaleza. Este tiempo en el desierto no fue solo una serie de desafíos a superar, sino una afirmación profunda de la misión y la identidad de Jesús, un fundamento sobre el cual construiría su ministerio.

Con la resolución templada en el fuego de la tentación, Jesús salió del desierto, listo para comenzar su obra. Su primer acto fue regresar a Galilea, donde las noticias de la prisión de Juan el Bautista lo alcanzaron. Este evento marcó el fin de una era y el comienzo de otra. Jesús comenzó a predicar con un mensaje que resonaba con ecos del llamado de Juan, pero con una nueva autoridad imbuida en su voz:

"Arrepentíos, porque el reino de los cielos está cerca".

En Capernaúm, una ciudad junto a un lago, Jesús no solo encontró un nuevo hogar sino también un campo fértil para su ministerio. La gente se maravillaba de su enseñanza, pues hablaba con una autoridad que nunca habían visto, una autoridad que no solo emanaba de su conocimiento de las Escrituras, sino de su identidad como el Hijo de Dios.

Mientras recorría Galilea, Jesús llamó a sus primeros discípulos, simples pescadores cuyas vidas estaban a punto de cambiar radicalmente.

"Seguirme", les dijo, "y los haré pescadores de hombres".

Simón Pedro y Andrés, seguidos por Santiago y Juan, dejaron sus redes, una metáfora de sus vidas anteriores, para seguir a Jesús en una misión que los llevaría más allá de las aguas del lago, a las aguas profundas de la fe y el compromiso.

El ministerio de Jesús en Galilea fue un torbellino de enseñanzas, milagros y encuentros. Curó a los enfermos, limpió a los leprosos, dio vista a los ciegos y movilidad a los paralíticos. Sus acciones eran manifestaciones del reino de Dios, un reino no de conquista y dominio, sino de sanación y restauración.

Pero no todos recibieron su mensaje con alegría. Mientras la fama de Jesús crecía, también lo hacía el escrutinio y la oposición, especialmente de aquellos cuyas posiciones y poder se veían amenazados por sus palabras y acciones. Sin embargo, Jesús continuó, impulsado no por la popularidad o la oposición, sino por una misión



divina que apenas comenzaba a iniciarse.

6. Salomé y el Bautista

En aquellos días, la noticia del ministerio de Jesús se extendía como el viento que recorre las colinas de Galilea, llevando consigo relatos de milagros y enseñanzas de un reino no de este mundo. Sin embargo, mientras una luz crecía en Galilea, una sombra se cernía sobre la fortaleza de Maqueronte, donde Juan el Bautista, el valiente precursor de Cristo, languidecía en prisión.

Herodes Antipas, tetrarca de Galilea, había encerrado a Juan no por un delito común, sino por el valor de proclamar una verdad incómoda. Juan había condenado abiertamente a Herodes por tomar a Herodías, la esposa de su hermano, como su propia esposa, un acto que desafiaba la ley y la moral. Herodes, perturbado y fascinado a la vez por Juan, lo mantenía prisionero, temeroso de matarlo debido a su popularidad entre la gente, que lo consideraba un profeta.

Herodías, por su parte, albergaba un rencor profundo contra Juan. Su denuncia pública no solo era una afrenta personal, sino también una amenaza a su posición y poder. Esperaba una oportunidad para vengarse, y esa oportunidad se presentaría durante la celebración del cumpleaños de Herodes.

El festín de Herodes fue un espectáculo de excesos y vanidades, un despliegue del poder terrenal en contraste con el mensaje celestial de Juan.

Nobles, comandantes y las principales figuras de Galilea se reunían en la opulenta sala del banquete, adornada con tapices y luces, llenando el aire con risas, conversaciones y el tintineo de copas.

Fue en este escenario de indulgencia donde Salomé, la hija de Herodías, entró en la sala. Su danza, una mezcla de belleza y seducción, enmudeció y cautivó a todos los presentes, especialmente a Herodes, quien, en un arrebato de deleite y tal vez de vino, prometió a la joven cualquier cosa que pidiera, hasta la mitad de su reino.

Influenciada por su madre, Salomé pidió la cabeza de Juan el

Bautista en una bandeja de plata, un pedido que heló la sala con su crueldad y finalidad. Herodes, aunque consternado, se vio atrapado por su propio juramento y por la mirada expectante de sus invitados. Fue entonces cuando el rey ordenó que se cumpliera la petición, sellando así el destino de Juan.

En la oscuridad de su celda, Juan, ajeno a las maquinaciones de la corte, permanecía firme en su fe y en su misión. Su vida había sido un testimonio de la luz, una voz clamando en el desierto, preparando el camino para el Señor. Cuando el verdugo llegó, Juan enfrentó su final con la serenidad de los justos, sabiendo que su papel en la historia divina estaba cumplido.

Más tarde y tras el terrible sacrificio, la cabeza del Bautista fue presentada ante Salomé, un regalo macabro que satisfacía una venganza personal bajo la mirada de una élite indiferente. La noticia de su muerte se extendió rápidamente, llegando a oídos de Jesús y sus discípulos, quienes sintieron profundamente la pérdida de este hombre justo y santo.

Jesús, al conocer la noticia, se retiró en un barco a un lugar solitario para orar. La muerte de Juan no solo marcaba el fin de la vida de un profeta, sino también el cierre de una era. Era un recordatorio sombrío del costo de la verdad y la justicia en un mundo a menudo hostil a la Luz.

Mientras tanto, la noticia del milagroso ministerio de Jesús continuaba extendiéndose, atrayendo a multitudes que buscaban sanación y esperanza. En un acto de compasión y poder, Jesús alimentó a más de cinco mil personas con solo cinco panes y dos peces, un milagro que contrastaba con el banquete de Herodes, revelando un reino basado en la abundancia y la generosidad, no en la opulencia y la exclusión.

7. María Magdalena

En los días en que la fama de Jesús crecía por sus enseñanzas y milagros, su ministerio lo llevó a través de las ciudades y aldeas de Galilea, donde las multitudes se reunían para escucharlo y ser sanadas. Entre estas multitudes, había almas que buscaban no solo la curación física sino también la redención y la esperanza.

En una de estas ciudades, Jesús fue invitado a la casa de un fariseo llamado Simón. Este hombre, conocido en su comunidad por su estricta adherencia a la ley y su posición social, vio en la invitación a Jesús una oportunidad para observarlo más de cerca y, quizás, para elevar su propio estatus al asociarse con este nuevo y notable maestro.

La casa de Simón estaba abierta, y mientras Jesús se reclinaba en la mesa, la gente de la ciudad entraba y salía, observando y escuchando. Entre los espectadores, había una mujer conocida en la ciudad por su vida de pecado. Su nombre era María.

María, llevando un frasco de alabastro con perfume, se acercó a Jesús, parada detrás de él, a sus pies. Las lágrimas comenzaron a caer de sus ojos, mojando los pies de Jesús. Con su cabello, los secó, besó sus pies y ungió con el perfume. En este acto de humildad y amor, María expresaba un arrepentimiento profundo y una gratitud que iba más allá de las palabras.

Simón, el fariseo, observaba con desdén. En su corazón, juzgaba tanto a Jesús como a María. Se decía a sí mismo que si Jesús fuera verdaderamente un profeta, sabría quién y qué clase de mujer estaba tocándolo, pues era una pecadora. Jesús, conociendo los pensamientos de Simón, decidió enseñarle una lección vital a través de una parábola.

> "Había dos deudores", comenzó Jesús, "uno debía quinientos denarios y el otro cincuenta. Cuando no pudieron pagar, el acreedor perdonó a ambos. Ahora, ¿cuál de ellos lo amará más?"

Simón, quizás con reluctancia, respondió que suponía que sería aquel al que se le perdonó más. Jesús afirmó su respuesta, señalando la falta de hospitalidad de Simón en comparación con la generosa demostración de amor y gratitud de la mujer.

> "Por lo tanto, te digo, sus muchos pecados han sido perdonados, pues amó mucho. Pero al que se le perdona poco, ama poco".

Con estas palabras, Jesús no solo revelaba su divinidad al perdonar pecados, sino que también destacaba el poder del amor y el arrepentimiento genuino.

Luego, dirigiéndose a María, Jesús le dijo:

> "Tus pecados son perdonados".

Las otras personas en la mesa comenzaron a murmurar, preguntándose quién era este que incluso perdonaba pecados. Pero Jesús, enfocándose en María, le ofreció palabras de paz y envió a la mujer en un nuevo camino de vida, liberada de su pasado y sostenida por la gracia.

Este encuentro en la casa de Simón fue un momento de revelación. Mostró el corazón de Jesús, lleno de compasión y dispuesto a perdonar y restaurar a aquellos que la sociedad había marginado y condenado. Reveló la dureza de los corazones de aquellos que, como Simón, se consideraban justos, pero carecían de amor y misericordia. Y reveló la transformación radical que puede ocurrir cuando una persona se encuentra verdaderamente con Jesús, reconociendo su necesidad de él y respondiendo a su amor incondicional.

María Magdalena, como se conocería en adelante, se convertiría en una de las seguidoras más fieles de Jesús.

8. El sermón y el monte.

En aquellos días, la fama de Jesús se había extendido por toda Galilea, y las multitudes lo seguían no solo por los milagros que realizaba, sino también por la sabiduría que emanaba de sus palabras. Un día, Jesús vio a las multitudes que lo seguían y decidió subir a una montaña. Con la vasta extensión de Galilea a sus pies, se sentó, y sus discípulos se acercaron.

Allí, en la tranquilidad de la montaña, comenzó a enseñarles, ofreciendo palabras que resonarían a través de los siglos.

> "Bienaventurados los pobres en espíritu", comenzó, "porque de ellos es el reino de los cielos".

Con cada bienaventuranza, Jesús dibujaba los valores del reino de Dios, valores que contrastaban marcadamente con los del mundo.

> “Los que lloran, los mansos, los que tienen hambre y sed de justicia, los misericordiosos, los de corazón limpio, los pacificadores, los perseguidos por causa de la justicia: todos ellos eran bienaventurados en este nuevo reino.”

Jesús continuó, instando a sus seguidores a ser la sal de la tierra y la luz del mundo, a vivir de tal manera que otros pudieran ver sus buenas obras y glorificar al Padre celestial. No había venido a abolir la ley, sino a cumplirla, a revelar su verdadera intención y profundidad. La justicia del reino de Dios iba más allá de la letra de la ley; tocaba el corazón y el espíritu.

Luego, Jesús profundizó en la ética del reino, abordando la ira, la lujuria, el divorcio, los juramentos, la venganza y el amor a los enemigos. No era suficiente abstenerse de asesinar; uno debía erradicar la ira del corazón. No era suficiente evitar el adulterio; uno debía purificar el deseo interior. Era un llamado a una justicia más profunda, una justicia que emanaba del interior y transformaba todas las relaciones y acciones.

> "Amar a vuestros enemigos y orar por los que los persiguen",

enseñó Jesús, estableciendo un estándar de amor y perdón radicalmente opuesto a la venganza y el odio.

En el reino de Dios, el amor no tenía límites; se extendía incluso a aquellos que deseaban el mal.

Jesús también enseñó sobre la oración, la limosna y el ayuno, enfatizando la importancia de la sinceridad y la humildad. No se trataba de actos realizados para la admiración de otros, sino de expresiones genuinas de una relación con Dios. Nos enseñó a orar con el corazón, no solo con palabras, proporcionando el "Padre Nuestro" como modelo de oración.

La preocupación y la ansiedad por las necesidades materiales también fueron abordadas. Jesús instó a sus seguidores a buscar primero el reino de Dios y su justicia, confiando en que sus necesidades serían atendidas. La vida era más que la comida y el cuerpo más que la ropa; la confianza en el cuidado providencial de Dios era fundamental.

Finalmente, Jesús concluyó su sermón con parábolas y advertencias. Habló de los falsos profetas, de la necesidad de hacer la voluntad del Padre y de la importancia de construir la vida sobre cimientos sólidos. La imagen de dos constructores, uno que construyó sobre la roca y otro sobre la arena, sirvió como una poderosa metáfora de la sabiduría y la locura, del destino de aquellos que escuchan y siguen las palabras de Jesús en comparación con los que no lo hacen.

Cuando Jesús terminó de hablar, la multitud quedó asombrada por su enseñanza. Hablaba con autoridad, no como los escribas, y sus palabras penetraban en lo más profundo del corazón y el alma, desafiando, consolando, iluminando y llamando a una transformación personal radical.

9. Los panes y peces

En aquel tiempo, la noticia de los hechos de Jesús se había esparcido como el viento a través de las colinas y valles de Galilea, llevando consigo relatos de sanaciones, enseñanzas y esperanza. La gente, hambrienta de verdad y consuelo, seguía a Jesús a dondequiera que iba, buscando en Él algo que el mundo no podía ofrecerles.

Después de enviar a los doce discípulos en parejas para predicar, enseñar y sanar en su nombre, Jesús los reunió de nuevo. Observando su fatiga y sabiendo que necesitaban un tiempo de descanso y reflexión, les sugirió:

> "Venir solos a un lugar tranquilo y descansen un poco".

Así, se embarcaron hacia un lugar solitario, buscando refugio de las multitudes que constantemente los rodeaban.

Sin embargo, la soledad no duraría mucho. La multitud, al ver hacia dónde se dirigían, los siguió por tierra, llegando al lugar antes que ellos. Al desembarcar, Jesús vio a la gran multitud que los había seguido y, en lugar de sentir frustración o deseo de aislamiento, su corazón se llenó de compasión. Eran como ovejas sin pastor, y Él, movido por un amor profundo, comenzó a enseñarles muchas cosas.

A medida que el día avanzaba, los discípulos, conscientes del tiempo y la logística, se acercaron a Jesús, sugiriéndole que despidiera a la multitud para que pudieran ir a los pueblos y campos cercanos a comprar algo de comer. Pero Jesús, viendo más allá de la solución obvia, les respondió:

> "Darles de comer". Ante esta petición, los discípulos quedaron perplejos, cuestionando cómo podrían alimentar a tantos con tan poco.

Andrés, uno de los discípulos, trajo a un joven que tenía cinco panes de cebada y dos peces.

> "Pero, ¿qué es esto para tantos?", dijo, reflejando la duda y la incredulidad que resonaba entre ellos. Jesús, sin embargo, no

se detuvo ante la escasez aparente.

Ordenó a la multitud que se sentara en grupos sobre la verde hierba, creando un mosaico de pequeñas comunidades repartidas por la ladera. Luego, tomando los cinco panes y los dos peces, Jesús levantó la vista al cielo, bendijo el alimento, lo partió y lo dio a sus discípulos para que lo distribuyeran entre la gente. Y sucedió algo extraordinario: a medida que los discípulos repartían el pan y los peces, estos no disminuían. Por el contrario, se multiplicaban, alimentando a todos los presentes.

Las personas comieron hasta saciarse, y los discípulos recogieron doce cestas llenas de los pedazos que sobraron, un recordatorio tangible del milagro que acababan de presenciar. Eran cinco mil hombres, sin contar mujeres y niños, todos alimentados por la providencia divina a través de lo que parecía insuficiente.

Este milagro, en su esencia, reveló mucho más que la capacidad de Jesús para multiplicar alimentos. Mostró su profunda compasión por la humanidad, su deseo de satisfacer no solo las necesidades espirituales sino también las físicas. Reflejó el reino de Dios, donde la abundancia reemplaza la escasez, donde la fe supera la duda y donde el amor se manifiesta en la provisión.

La multitud, asombrada y satisfecha, vio en Jesús a alguien más que un maestro o sanador; vieron un destello del divino, un reflejo del Creador que provee para sus criaturas. Los discípulos, por su parte, aprendieron una lección invaluable sobre la confianza y la expectativa, sobre mirar más allá de las limitaciones humanas y creer en las posibilidades que la fe en Jesús podría desbloquear.

A medida que el sol se ponía sobre Galilea, la multitud se dispersó, llevando consigo la historia de lo que habían experimentado. Los discípulos, recogiendo las sobras, reflexionaron sobre el poder y la compasión de Jesús, su maestro y amigo, que con cinco panes y dos peces había alimentado a miles y, en el proceso, había nutrido sus

almas con la verdad del reino de Dios.

Este milagro en la ladera no fue solo un evento aislado en el ministerio de Jesús; fue una manifestación de su misión y mensaje, una señal de que, en Él, lo imposible se convertía en posible, y la provisión divina superaba todas las expectativas humanas. En Jesús, encontraron no solo al maestro y profeta, sino al pan de vida, aquel que satisface el hambre más profunda del alma humana y ofrece un banquete en su reino, donde todos son bienvenidos y todos son saciados.

10. Sanaciones y exorcismos

En aquel tiempo, mientras Jesús continuaba su ministerio a través de las ciudades y aldeas, proclamando las buenas nuevas del reino de Dios, una multitud lo seguía. Entre ellos, había personas que habían sido testigos de su compasión y poder, aquellos que habían sido tocados por su mano sanadora o cuyas vidas habían sido transformadas por sus palabras de vida.

Un día, mientras Jesús enseñaba a la orilla del lago de Genesaret, una multitud se agolpaba alrededor de él para escuchar la palabra de Dios. Entre la multitud, había una mujer que había sufrido durante doce largos años de una hemorragia que ningún médico había podido curar. Había gastado todo lo que tenía en tratamientos, pero en lugar de mejorar, su condición empeoraba. Al oír hablar de Jesús, una chispa de esperanza se encendió en su corazón. Pensó:

> "Si tan solo toco su manto, seré sanada".

Con fe y determinación, se abrió paso entre la multitud y tocó el borde de su manto. Al instante, su flujo de sangre se detuvo, y sintió en su cuerpo que había sido liberada de su sufrimiento.

Jesús, sintiendo que había salido poder de él, se volvió a la multitud y preguntó:

> "¿Quién tocó mi manto?".

Sus discípulos, sorprendidos por la pregunta en medio de una multitud tan grande, no entendían a qué se refería. Pero Jesús miró a su alrededor, buscando a la persona que había tocado su manto con fe. La mujer, sabiendo lo que había sucedido, se acercó temblando y se postró ante él. Contó delante de todos por qué lo había tocado y cómo había sido sanada al instante.

Jesús, con una mirada llena de amor y compasión, le dijo:

> "Hija, tu fe te ha sanado. Ve en paz y queda libre de tu sufrimiento".

La mujer se levantó, no solo físicamente sanada, sino también

restaurada a una vida plena, una vida que había sido marcada por el aislamiento y la desesperación.

Mientras aún resonaban las palabras de Jesús, llegó un hombre de la sinagoga, llamado Jairo. Este hombre, desesperado, cayó a los pies de Jesús y le rogó fervientemente que fuera a su casa, pues su única hija, de unos doce años, estaba al borde de la muerte. Jesús, movido por la súplica del padre, se dirigió hacia la casa de Jairo.

Sin embargo, en el camino, llegaron noticias desgarradoras: la hija de Jairo había muerto.

> "No molestes más al Maestro", le dijeron.

Pero Jesús, al oír esto, dijo a Jairo:

> "No temas; cree solamente, y ella será sanada". Al llegar a la casa, Jesús encontró a la gente llorando y lamentándose. Entró y dijo: "No lloren; ella no está muerta, sino dormida".

Se burlaban de él, sabiendo que estaba muerta. Pero Jesús, tomando de la mano a la niña, le dijo:

> "¡Niña, levántate!". Y su espíritu regresó, y al instante se levantó. Jesús ordenó que le dieran de comer, y sus padres quedaron asombrados.

En otra ocasión, mientras Jesús regresaba a la otra orilla del lago, un hombre de la ciudad, poseído por demonios, salió a su encuentro. Este hombre vivía entre los sepulcros, y nadie podía sujetarlo, ni siquiera con cadenas. Noche y día, entre los montes y los sepulcros, gritaba y se lastimaba con piedras. Al ver a Jesús, corrió y se postró ante él, gritando a gran voz:

> "¿Qué tengo yo contigo, Jesús, Hijo del Dios Altísimo? Te ruego que no me atormentes". Jesús, con autoridad, mandó al espíritu inmundo que saliera del hombre. Preguntó al demonio su nombre, y él respondió: "Legión", porque muchos demonios habían entrado en él. A petición de los demonios, Jesús les permitió entrar en una manada de cerdos cercana, que se

precipitó por un despeñadero al lago y se ahogó.

La gente de la región, al ver lo sucedido, quedó asombrada y algo temerosa. El hombre liberado de los demonios, ahora en su sano juicio, quería seguir a Jesús. Pero Jesús le dijo:

> "Vuelve a tu casa y cuenta cuán grandes cosas ha hecho Dios por ti". Y el hombre se fue, proclamando por toda la ciudad cuán grandes cosas había hecho Jesús por él.

Estos actos de poder y misericordia no eran meros milagros aislados; eran signos del reino de Dios irrumpiendo en la realidad humana. Jesús no solo sanaba el cuerpo, sino que restauraba la vida, la dignidad y la esperanza. Su compasión no conocía límites, y su poder no conocía barreras. En cada sanación, en cada liberación, Jesús revelaba un poco más del corazón del Padre, un corazón lleno de amor inagotable por su creación.

11. Lázaro

En una aldea de Betania, no lejos de Jerusalén, vivían dos hermanas, María y Marta, junto con su hermano Lázaro, quienes compartían una profunda amistad con Jesús. Un día, Lázaro cayó gravemente enfermo. Las hermanas, conocedoras del poder sanador de Jesús, enviaron un mensaje urgente:

> "Señor, aquel a quien amas está enfermo". Esperaban que Jesús acudiera de inmediato, pero Él, con un propósito más profundo en mente, permaneció donde estaba dos días más.

Cuando finalmente decidió ir a Betania, sus discípulos se mostraron preocupados, recordando las amenazas de muerte que Jesús había enfrentado en Judea. Sin embargo, Jesús, con una serenidad que emanaba de una profunda conexión con el Padre, les aseguró que era necesario ir para despertar a Lázaro de su sueño, una metáfora que ellos no comprendieron de inmediato, pensando que Lázaro simplemente dormía.

Al llegar, Jesús se encontró con que Lázaro había estado en la tumba cuatro días ya. La comunidad estaba de luto, y Marta, al oír de su llegada, fue a su encuentro.

> "Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto", expresó, mezclando su fe con su dolor, "pero sé que aun ahora, Dios te concederá todo lo que pidas". Jesús le aseguró: "Tu hermano resucitará". Marta, pensando en la resurrección final, no comprendió que Jesús hablaba de un milagro inminente.

Cuando María se encontró con Jesús, repitió las palabras de su hermana, cayendo a sus pies, sumida en el dolor. La visión de su tristeza, junto con la de los judíos que habían venido a consolarlas, conmovió profundamente a Jesús.

> "¿Dónde lo habéis puesto?", preguntó, y lo llevaron al sepulcro. Jesús, entonces, lloró, un gesto que mostró su profunda empatía y humanidad, su compartida experiencia del dolor y la

pérdida.

Ante la tumba, Jesús pidió que retiraran la piedra. Marta, preocupada por el olor de la descomposición, expresó su inquietud, pero Jesús la instó a creer para ver la gloria de Dios. Con la piedra removida, Jesús elevó sus ojos al cielo y oró, agradeciendo al Padre por escucharlo, una oración que sirvió como testimonio para la multitud que observaba.

Luego, con una autoridad que resonaba en la misma esencia de la vida y la muerte, Jesús clamó:

> "¡Lázaro, ven fuera!". Pasaron unos instantes de oscuridad y soledad, pero finalmente una sombra emergió de las profundidades de la tumba y el hombre que había estado muerto salió, aún envuelto en las vendas funerarias, un vivo testimonio del poder de Jesús sobre la muerte. "Desatarlo y dejarlo ir", ordenó Jesús, liberando a Lázaro no solo de la tumba, sino de las ataduras de la muerte.

Este milagro, conmocionó a todos los presentes. Algunos creyeron en Jesús al instante, mientras que otros, confundidos y temerosos de las implicaciones, fueron a informar a los fariseos, acelerando los eventos que llevarían a la crucifixión de Jesús.

La resurrección de Lázaro no fue solo un acto de compasión hacia una familia en duelo; fue una poderosa manifestación del señorío de Jesús sobre la vida y la muerte, un anticipo de su propia resurrección. En este acto, Jesús reveló que Él es la resurrección y la vida, que creer en Él significa trascender la muerte que, en Él, la muerte no es el final, sino un paso hacia una nueva vida.

Este milagro también profundizó la fe de sus seguidores, preparándolos para el misterio de la muerte y resurrección de Jesús. Les mostró que el poder de Dios no conoce límites y que el amor de Jesús por la humanidad es más fuerte que la tumba.

En los días y años venideros, la historia de Lázaro se convirtió en

un signo de esperanza, un testimonio de que en Jesús hay una promesa de vida que la muerte no puede extinguir. Para aquellos que creen en Él, la muerte no es un final, sino una puerta hacia una existencia transformada, donde el llanto se convierte en alegría, y el luto en danza.

Así, la resurrección de Lázaro se erige como un testimonio eterno del poder de Jesús, un recordatorio de que, aunque caminamos por valles de sombras, no debemos temer, pues Él está con nosotros, con su vara y su cayado, con su poder y su amor, guiándonos hacia la vida eterna.

12. Jerusalén

En los días previos a la Pascua, Jerusalén se llenaba de peregrinos de todas partes, cada uno trayendo consigo la expectativa de la celebración y el recuerdo de la liberación de Israel. La ciudad bullía de actividad y anticipación, pero este año, había una expectativa adicional, susurrada en callejones y mercados: Jesús de Nazaret, el hacedor de milagros y maestro carismático, estaba en camino a la ciudad.

Seis días antes de la Pascua, Jesús llegó a Betania, donde había resucitado a Lázaro de entre los muertos. Allí, en una cena, Marta servía, mientras Lázaro estaba entre los que se sentaban a la mesa con Jesús. María, con un acto de devoción y amor, ungió los pies de Jesús con un perfume costoso, secándolos con su cabello, llenando la casa con la fragancia del nardo puro.

Judas Iscariote, uno de sus discípulos, cuestionó este acto, pero Jesús defendió a María, señalando que ella había guardado este perfume para el día de su sepultura.

Al día siguiente, la noticia de que Jesús se dirigía a Jerusalén se esparció rápidamente. La multitud, habiendo oído que Él estaba en camino, tomó ramas de palmeras y salió a su encuentro. Había una emoción profunda en el aire, una mezcla de esperanza y tensión, ya que muchos se preguntaban qué significaría la llegada de este profeta galileo a la ciudad de los grandes reyes y sacerdotes.

Jesús, encontrando un joven asno, se sentó sobre él, cumpliendo la profecía de Zacarías:

> "No temas, hija de Sion; he aquí, tu Rey viene, sentado sobre un pollino de asna". Su entrada no fue con la pompa y circunstancia de los conquistadores o reyes terrenales, sino con la humildad y la paz que caracterizaban a Jesús.

La multitud comenzó a aclamarlo: "¡Hosanna! Bendito el que viene en el nombre del Señor, el Rey de Israel". Las palabras resonaban entre

las antiguas piedras de Jerusalén, palabras de esperanza para unos, de alarma para otros. Los fariseos, observando desde las sombras, se llenaron de inquietud y envidia ante la popularidad de Jesús, temiendo tanto la reacción del pueblo como la de los gobernantes romanos.

Mientras Jesús avanzaba, la multitud extendía sus mantos en el camino, un gesto reservado para la realeza, reconociendo en Jesús a un rey diferente, un rey que hablaba de amor, servicio y sacrificio, no de dominio y poder. La ciudad entera se conmovió, y la pregunta en los labios de todos era:

"¿Quién es este?"

Los niños en las calles, los ancianos en los balcones, los hombres y mujeres de toda condición social miraban con asombro. Algunos veían en él a un salvador político, alguien que liberaría a Israel del yugo romano. Otros veían a un maestro, un profeta, o incluso al Mesías esperado durante tanto tiempo. Pero pocos comprendían el tipo de reino que Jesús venía a establecer.

Jesús, plenamente consciente de las tensiones y expectativas que lo rodeaban, no se dejó llevar por la euforia del momento. Su corazón estaba cargado, no solo por la alegría de aquellos que lo recibían, sino también por el dolor de saber que muchos en esa misma ciudad clamarían por su muerte en pocos días.

Mirando a Jerusalén, Jesús lloró por ella, lamentando su ceguera y dureza de corazón, su incapacidad para reconocer el tiempo de su visitación.

En los días siguientes, Jesús enseñó en el templo, confrontando a los líderes religiosos, sanando a los enfermos, y preparándose, junto con sus discípulos, para la Pascua. Cada palabra y acción eran partes de un tapiz más amplio, hilos de un plan divino que se estaba desplegando.

La entrada triunfal fue el preludio de la semana más crítica en la

historia de la humanidad, una semana que culminaría en la cruz y la tumba vacía, una semana que definiría el curso de la historia y el destino de las almas. Jesús, el Rey humilde, había entrado en su ciudad, no para reclamar un trono terrenal, sino para establecer un reino eterno, un reino de corazones transformados y vidas redimidas.

Así, la llegada de Jesús a Jerusalén no fue solo un evento histórico; fue una invitación a cada corazón, una invitación a reconocer y recibir al verdadero Rey, a ser parte de su reino de justicia, amor y paz. Era una invitación que resonaría a través de los siglos.

13. La Purificación y el Templo

Tras su entrada triunfal en Jerusalén, Jesús, el maestro de Nazaret, no se detuvo en ceremonias ni celebraciones. Su misión lo llevó directamente al corazón espiritual de la nación: el Templo, el lugar donde el cielo y la tierra se encontraban en la tradición judía. Pero lo que encontró allí encendió una llama de justicia divina que resonaría a través de los siglos.

El Templo, diseñado para ser una casa de oración, se había convertido en un mercado bullicioso. Cambistas y vendedores de animales ocupaban sus patios, el sonido del metal y el olor del ganado llenaban el aire, oscureciendo la esencia sagrada del lugar. La gente común, buscando acercarse a Dios, se encontraba con barreras de comercio y explotación.

Jesús, observando este espectáculo, sintió una profunda indignación. Su amor por su Padre y su pasión por la verdadera adoración lo impulsaron a actuar. Tomó cuerdas, haciendo un látigo improvisado, y con una autoridad que emanaba de su ser, limpió el Templo. Con gran estruendo, Jesús volcó las mesas de los cambistas y las sillas de los vendedores de palomas, esparciendo monedas y desafiando la corrupción que había infectado la casa de oración.

> "¡Mi casa será llamada casa de oración para todas las naciones, pero ustedes la han convertido en una cueva de ladrones!", exclamó, citando las Escrituras, su voz resonando en los vastos patios del Templo. Los comerciantes, sorprendidos y asustados, recogieron lo que pudieron y huyeron ante la presencia imponente de Jesús.

Los líderes religiosos, testigos de este acto de autoridad y celo, se llenaron de ira y miedo. Veían en Jesús una amenaza a su poder y control, un desafío a la estructura que habían construido. Sin embargo, para los humildes y oprimidos, para aquellos que habían sido marginados por el sistema, la acción de Jesús fue un rayo de

esperanza, un signo de que Dios no había olvidado la verdadera esencia de la adoración y la justicia.

Mientras los mercaderes huían y los líderes religiosos conspiraban, los ciegos y los cojos se acercaron a Jesús en el Templo, y él los sanó. Los niños, testigos de los milagros y la autoridad de Jesús, lo alababan en el Templo, gritando

> "¡Hosanna al Hijo de David!", reconociendo en él al mesías prometido, al rey que traería salvación.

Los principales sacerdotes y los escribas, indignados por lo que veían y oían, desafiaron a Jesús:

> "¿Oyes lo que estos dicen?". Jesús, firme en su misión y seguro de su identidad, respondió con la sabiduría de las Escrituras: "Sí; ¿nunca leyeron: 'De la boca de los niños y de los que maman, ¿has perfeccionado la alabanza’?".

En medio de este torbellino de emociones y acciones, Jesús pronunció una declaración que resonaría en los corazones y mentes de todos los presentes, y que perduraría mucho más allá de aquellos momentos tumultuosos en el templo. Al enfrentarse a los líderes religiosos, quienes cuestionaban su autoridad y buscaban un signo, Jesús les ofreció una profecía envuelta en un enigma:

> "Destruid este templo, y en tres días lo levantaré".

Los líderes y algunos espectadores se burlaron, mirando a su alrededor las magníficas estructuras de piedra que habían tomado generaciones para construir, preguntándose cómo este hombre podría reconstruirlo en tan solo tres días. Sin embargo, Jesús no hablaba del templo físico ante ellos, sino de su propio cuerpo, presagiando su muerte y resurrección. Este enunciado se convertiría en un punto central de su juicio y un testimonio de su poder y divinidad, revelando que, aunque su cuerpo sería destruido en la cruz, Él lo levantaría en tres días, triunfando sobre la muerte y abriendo el camino hacia la vida eterna para todos los que creen en Él.

Al caer la noche, Jesús y sus discípulos salieron de la ciudad hacia Betania, donde encontrarían refugio y descanso. Pero lo que había ocurrido en el Templo no sería olvidado. Había marcado un punto de inflexión, intensificando el conflicto entre Jesús y las autoridades religiosas, un conflicto que culminaría en los eventos de la semana de la pasión.

La purificación del Templo fue más que un acto de limpieza física; fue una demostración poderosa del deseo de Dios de que su casa sea un lugar de verdadera adoración, accesible a todos, libre de explotación y corrupción. Jesús, en su celo por la casa de su Padre, reveló su identidad como el verdadero mesías, el que no solo limpiaría el Templo de piedra, sino que purificaría los corazones de su pueblo, ofreciendo un camino hacia una relación auténtica y transformadora con Dios.

14. La Última Cena

En la penumbra creciente de la tarde en Jerusalén, mientras la ciudad se sumergía en los preparativos de la Pascua, Jesús y sus discípulos se reunieron en una sala superior, dispuesta por la providencia y la obediencia, para compartir la cena pascual. Esta no sería una cena cualquiera; marcaría el comienzo de una nueva alianza, un momento que quedaría grabado en la memoria colectiva de la humanidad como un testimonio de amor, sacrificio y traición.

Mientras se sentaban alrededor de la mesa, el aire estaba cargado de una mezcla de anticipación y solemnidad. Jesús, plenamente consciente de los eventos que se desplegarían en las próximas horas, miró a cada uno de sus discípulos con una profundidad que trascendía el tiempo y el espacio. Había amado a los suyos que estaban en el mundo, y los amaría hasta el fin.

La cena comenzó con Jesús asumiendo el papel de un siervo, lavando los pies de sus discípulos en un acto de humildad y amor. Pedro, impulsivo como siempre, al principio se resistió, pero Jesús le aseguró que este acto tenía un significado mayor, uno que tal vez no comprendieran en ese momento, pero que más tarde apreciarían en toda su profundidad.

A medida que la comida se desarrollaba, Jesús tomó el pan, lo bendijo y lo partió, diciendo:

> "Tomad, comed; esto es mi cuerpo". Luego tomó la copa, dio gracias y la pasó a sus discípulos, diciendo: "Bebed de ella todos, porque esta es mi sangre del nuevo pacto, que es derramada por muchos para el perdón de los pecados".

Estas palabras, cargadas de significado, instituyeron la Eucaristía, un memorial de su sacrificio inminente, un acto que uniría a los creyentes con Cristo y entre sí a través de los siglos.

En medio de esta comunión sagrada, Jesús reveló un hecho sombrío: uno de ellos lo traicionaría. La noticia cayó sobre los

discípulos como un golpe, agitando un torbellino de preguntas y sospechas.

> "¿Soy yo, Señor?", se preguntaban, incapaces de comprender quién entre ellos podría cometer tal acto. Judas, el designado para esta oscura tarea, también preguntó, recibiendo una respuesta que solo él pudo entender plenamente: "Tú lo has dicho".

La traición de Judas no fue un acto impulsivo, sino el resultado de una serie de decisiones que lo llevaron a alejarse del camino y a entregar a su maestro por treinta piezas de plata. Su presencia en la mesa, compartiendo el pan con Jesús, sólo intensificó la magnitud de su traición.

Después de la cena, Jesús y sus discípulos se dirigieron al Monte de los Olivos. Allí, Jesús les habló de las pruebas que enfrentarían, de cómo todos lo abandonarían. Pedro, en un arrebato de lealtad, proclamó que nunca lo negaría, una afirmación que Jesús sabía que se quebraría bajo la presión de las circunstancias venideras y antes de que el gallo cantara tres veces.

En el jardín de Getsemaní, Jesús se retiró para orar, sumergiéndose en una angustia tan profunda que su sudor se convirtió en gotas de sangre.

> "Padre, si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú", oró, sometiéndose completamente a la voluntad del Padre, preparándose para el acto de amor más grande en la historia de la humanidad.

15. Getsemaní

En la penumbra de la noche, tras la última cena compartida, Jesús y sus discípulos en el jardín de Getsemaní, un lugar de retiro y oración al que a menudo acudían. La atmósfera estaba impregnada de una seriedad inusual, una densidad emocional que presagiaba los eventos trascendentales que estaban a punto de desplegarse.

Al llegar al jardín, Jesús sintió la proximidad de un peso abrumador, una carga que superaba toda experiencia humana. Era el peso del mundo, el fardo de la iniquidad de la humanidad que estaba a punto de cargar sobre sus hombros. Con una vulnerabilidad que revelaba su plena humanidad, dijo a sus discípulos más cercanos, Pedro, Santiago y Juan:

> "Mi alma está profundamente triste, hasta el punto de la muerte. Quédense aquí y vigilen conmigo".

Avanzando un poco más en la soledad del jardín, Jesús cayó al suelo, abrumado por la angustia y el dolor. En ese momento de extrema soledad, se dirigió al Padre con una súplica que resonaba con la tensión de la obediencia y el deseo humano:

> "Padre, todas las cosas son posibles para ti. Aparta de mí esta copa; sin embargo, no es lo que yo quiero, sino lo que tú quieras". Era la expresión más pura de sumisión, un acto de voluntad que elegía el camino del sacrificio por amor al mundo.

Mientras tanto, los discípulos, agotados por el tumulto de la cena y confundidos por los eventos recientes, no lograban mantenerse despiertos. Su espíritu estaba dispuesto, pero su carne era débil. Cuando Jesús regresó, encontró a sus amigos más cercanos sumidos en el sueño, una imagen de la soledad que enfrentaría en su camino hacia la cruz.

> "¿Así que no pudieron vigilar conmigo ni una hora?", preguntó, marcando el contraste entre la magnitud de su lucha y la

fragilidad humana de sus seguidores.

Esta escena se repitió tres veces, un eco de la futura negación de Pedro, cada retorno de Jesús un recordatorio del abandono que experimentaría. A pesar de la insistencia de Jesús en la vigilancia y la oración, los discípulos no pudieron mantenerse despiertos, dejándolo solo en su angustia.

Finalmente, Jesús aceptó que la hora había llegado. La traición estaba a las puertas, y con ella, la secuencia de eventos que conducirían a su muerte.

> "Levantaros, vámonos", dijo a sus discípulos, "mirar, el traidor está cerca".

Judas, uno de los Doce, se acercó, seguido por una multitud armada con espadas y palos, enviada por los principales sacerdotes, los escribas y los ancianos. La traición se consumó con un beso, un gesto de saludo pervertido en un signo de entrega.

> "¿Con un beso entregas al Hijo del Hombre?", dijo Jesús a Judas, exponiendo la profundidad de la traición.

16. La oreja y la espada

En la tensa quietud del jardín de Getsemaní, mientras la traición se desplegaba con la llegada de Judas y la multitud armada, un estallido de violencia interrumpió brevemente la noche. Uno de los discípulos de Jesús, impulsado por un fervor mal dirigido y una lealtad mal entendida, desenfundó su espada en un intento desesperado por defender a su maestro. Con un movimiento rápido y descontrolado, hirió a un siervo del sumo sacerdote, cortándole la oreja.

La violencia, sin embargo, no era el camino de Jesús. En medio del caos, mantuvo su compostura y autoridad, reprendiendo al discípulo:

> "Vuelve tu espada a su lugar", le dijo, "porque todos los que toman la espada, a espada perecerán".

Su respuesta no solo buscaba detener la violencia inmediata, sino también enseñar una lección más profunda sobre la naturaleza de su reino, que no se establecería ni se defendería con armas o fuerza, sino a través del amor, el sacrificio y la verdad.

Luego, con un gesto que encapsulaba su misión de sanación y reconciliación, Jesús tocó la oreja del siervo y lo sanó, un último milagro de misericordia antes de ser llevado por sus captores. Este acto no sólo restauró la oreja del siervo, sino que también sirvió como un poderoso recordatorio de que el camino de Jesús era uno de paz y no de violencia, de ofrecer la otra mejilla en lugar de golpear, de sanar en lugar de herir.

En este momento crítico, Jesús también confrontó a la multitud, cuestionando la necesidad de venir contra él con espadas y palos como si fuera un bandido. Su vida no había sido una de clandestinidad o violencia; había enseñado abiertamente en el templo y en las sinagogas. Sin embargo, reconocía que todo esto formaba parte del cumplimiento de las Escrituras, de un plan divino que debía llevarse a cabo.

Así, en la oscuridad del jardín, se revelaron la naturaleza y el

carácter del reino que Jesús vino a establecer: un reino donde el amor vence a la violencia, donde la sanación reemplaza al daño, y donde la entrega de uno mismo marca el camino hacia la verdadera victoria.

Luego, Jesús, enfrentando a Judas y a la multitud, no huyó ni resistió. Con la autoridad que siempre lo había caracterizado, se entregó, comenzando así la serie de eventos que culminarían en la cruz.

Los discípulos, llenos de miedo y confusión, huyeron, dejándolo solo ante sus captores.

La Última Cena y los eventos en Getsemaní marcaron el comienzo del fin de la misión terrenal de Jesús, un camino que Él eligió libremente por amor a la humanidad. En esa noche de promesa y traición, Jesús estableció un nuevo pacto, sellado con su sangre, ofreciendo redención y comunión con Dios. Su entrega voluntaria al sufrimiento y la muerte fue el acto definitivo de amor y obediencia, un eco de la justicia divina que resonaría a través de las edades, invitando a todos a la mesa de la gracia, donde el pan se parte y el vino se comparte, recordando el sacrificio del único que es digno de ser llamado el Cordero de Dios.

17. Caifás

En las sombras que precedían al amanecer, una figura solitaria era conducida a través de las callejuelas de Jerusalén. La ciudad dormía, ignorante del drama divino que se desplegaba en su corazón. Jesús de Nazaret, el hombre que había caminado sobre las aguas y devuelto la vida a los muertos, era llevado con manos atadas ante los pilares del poder terrenal y espiritual de su tiempo.

Mientras Jesús era conducido por las calles silenciosas de Jerusalén, bajo el manto de la oscuridad, su destino se entrelazaba con los hilos de la traición y la injusticia.

La primera parada en este viaje hacia el sacrificio fue la casa del sumo sacerdote Caifás, donde el Sanedrín, el consejo supremo judío, se había reunido en una sesión nocturna urgente y atípica. La atmósfera estaba cargada de tensión y malicia, pues los líderes religiosos, temerosos de la creciente influencia de Jesús y desafiantes ante sus enseñanzas, habían urdido un complot para silenciarlo de una vez por todas.

En la sala, bajo la tenue luz de las lámparas de aceite que proyectaban sombras danzantes en las paredes, se erigió un tribunal improvisado. Los miembros del Sanedrín, vestidos con sus ropas ceremoniales, ocupaban sus lugares con una mezcla de ansiedad y determinación. Estaban ansiosos por encontrar, o fabricar, un testimonio que sellará el destino de Jesús, el hombre que había desafiado su autoridad y perturbado el precario equilibrio de poder en Jerusalén.

Los testigos comenzaron a desfilar, uno tras otro, presentando sus relatos ante el consejo. Sin embargo, sus historias eran fragmentadas y sus acusaciones, incoherentes. Las discrepancias eran evidentes, y la falta de un testimonio concluyente frustraba a los líderes religiosos, que veían cómo se desvanecía la posibilidad de un juicio rápido y decisivo.

En medio de este caos de palabras y acusaciones, Pedro, uno de los discípulos más cercanos de Jesús, se encontraba en el patio exterior, sumido en su propia tormenta de miedo y confusión. Tres veces fue reconocido y tres veces negó conocer a Jesús, cumpliendo la profecía que el maestro había pronunciado en la última cena. Con el canto del gallo, la realidad de su traición golpeó a Pedro con una fuerza devastadora, y se alejó, abrumado por la culpa y el remordimiento.

Dentro de la sala, el sumo sacerdote Caifás, impaciente y desesperado por un veredicto, decidió enfrentar directamente a Jesús. Con una autoridad que buscaba intimidar, le exigió que declarara si era el Cristo, el Hijo del Bendito. Jesús, que había permanecido en silencio ante las falsas acusaciones, respondió con una afirmación que resonó en la sala:

> "Yo soy, y veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del Poder y viniendo con las nubes del cielo". Esta declaración, clara y audaz, fue lo que el Sanedrín esperaba. Para ellos, era una blasfemia irreparable, una justificación para su sed de condena.

El sumo sacerdote, en un acto teatral de indignación, rasgó sus vestiduras y declaró que no necesitaban más testigos. Los miembros del consejo, en un frenesí de justicia autoimpuesta, condenaron a Jesús a muerte. Lo que siguió fue un estallido de violencia: Jesús fue escupido, golpeado y burlado, mientras los líderes religiosos, en su ceguera y odio, creían estar sirviendo a la justicia divina.

La noche en la casa de Caifás fue una de las muchas ironías amargas de la pasión de Cristo: el justo juzgado por los injustos, la Verdad condenada por la mentira, el Pastor abandonado por sus ovejas. Sin embargo, en medio de esta oscuridad, la luz de la verdad, la justicia y el amor inquebrantable de Jesús brillaba con una intensidad que ni la traición de un discípulo ni la condena de un consejo corrupto podrían extinguir.

19. Poncio Pilato

La mañana aún no desplegaba completamente su luz cuando Jesús, ya marcado por las huellas de la injusticia y el sufrimiento, fue llevado ante Poncio Pilato. El gobernador romano, cuya autoridad se extendía sobre Judea, se encontraba en la fortaleza de la Torre Antonia, mirando con una mezcla de curiosidad y molestia a la multitud que se agolpaba en el pretorio. Había escuchado rumores sobre este hombre llamado Jesús, un predicador galileo que había causado revuelo en Jerusalén, pero nunca imaginó que su destino se entrelazaría con el del Nazareno.

Pilato, un hombre forjado en las complejidades del poder romano, acostumbrado a lidiar con rebeldes y sediciosos, no estaba preparado para el dilema que Jesús representaba. Su esposa, perturbada por sueños proféticos, le había advertido que no tuviera nada que ver con ese justo. Sin embargo, la presión del Sanedrín y la turba que clamaba fuera del pretorio lo colocaron en una posición incómoda.

El interrogatorio comenzó. Pilato, en su trono de juicio, preguntó a Jesús:

> "¿Eres tú el rey de los judíos?". La respuesta de Jesús fue evasiva, desafiante en su sencillez: "Mi reino no es de este mundo". Pilato, intrigado, pero también frustrado, intentó descifrar si Jesús representaba una amenaza política real o si todo era un asunto religioso interno que los judíos debían resolver.

A medida que la conversación se desarrollaba, Pilato se daba cuenta de que Jesús no era un revolucionario en el sentido tradicional. No había en Él la arrogancia de los sediciosos ni la violencia de los zelotes. Había algo más profundo, más perturbador: una verdad que desafiaba el mismo fundamento del poder y la autoridad que Pilato representaba.

En un intento por evadir la responsabilidad de decidir el destino de

Jesús, Pilato recurrió a una costumbre de la Pascua: liberar a un prisionero elegido por el pueblo. Barrabás, un hombre conocido por su participación en una insurrección y por homicidio, fue presentado junto a Jesús. Pilato preguntó a la multitud a quién querían liberar, esperando quizás que eligieran a Jesús, el predicador pacífico, sobre el conocido insurgente.

Sin embargo, los sacerdotes y ancianos manipularon a la multitud para que clamara por la liberación de Barrabás.

> "¡Crucifica a Jesús!", gritaban, una demanda que resonaba con una ferocidad que helaba la sangre. Pilato, en un último esfuerzo por liberar a Jesús, preguntó: "¿Qué mal ha hecho?". Pero la turba estaba decidida, incitada por líderes que veían en Jesús una amenaza a su poder y posición.

Finalmente, Pilato cedió. Su lavado de manos fue un gesto simbólico, una vana declaración de inocencia. Ordenó que Jesús fuera azotado, una brutalidad que esperaba aplacara la sed de sangre de la multitud, pero que solo sirvió de preludio a una condena aún más cruel.

20. La Pasión

Barrabás, un hombre cuya vida estaba marcada por la violencia y la rebelión, fue liberado, una figura sombría que desapareció en la multitud, absuelto por la voz del pueblo. En contraste, Jesús, el portador de la paz y la esperanza, fue entregado a sus torturadores romanos, comenzando así el viaje más doloroso hacia el monte Gólgota.

La flagelación fue el primer tormento. En un rincón del pretorio, Jesús fue atado a una columna. Los látigos, equipados con fragmentos de hueso y metal, se alzaron y cayeron repetidamente sobre su espalda, desgarrando su carne, cada golpe un eco de la injusticia y el odio humano, pero también un paso hacia la redención prometida. La sangre se mezclaba con el polvo, y los gritos de dolor se perdían en el aire frío del amanecer.

Tras la flagelación, los soldados, en un grotesco ritual de burla, vistieron a Jesús con un manto púrpura, colocaron una corona de espinas sobre su cabeza y le pusieron una caña en su mano derecha.

> "¡Salve, rey de los judíos!", gritaban, mientras se inclinaban en una falsa adoración, solo para levantarse y golpearle, escupirle y arrancarle la caña para golpear su cabeza, haciendo que las espinas se clavaran aún más profundamente.

Cuando la burla cesó, le quitaron el manto púrpura y le pusieron sus propias vestiduras. Luego, cargando sobre sus hombros lacerados y debilitados la pesada cruz de madera, Jesús comenzó su vía crucis, el camino hacia el lugar llamado Gólgota, que significa "lugar de la Calavera". La multitud se agolpaba a los lados del camino, una mezcla de rostros: algunos llenos de compasión, otros de curiosidad morbosa, y otros más de satisfacción vengativa.

El peso de la cruz y la pérdida de sangre debilitaban cada paso de Jesús. Su cuerpo, llevado al límite de la resistencia humana, flaqueaba bajo la carga, y en varias ocasiones cayó, cada caída un recordatorio

de la carga aún más pesada que llevaba: la de los pecados del mundo. En un punto del camino, los soldados obligaron a un hombre de Cirene, Simón, que pasaba por allí, a cargar la cruz, un acto que subrayaba la soledad de Jesús en su sufrimiento, pero también mostraba la universalidad de su redención.

Entre la multitud, algunas mujeres de Jerusalén lloraban y lamentaban por Jesús. Él, a pesar de su propio dolor, les dirigió palabras de consuelo y advertencia, señalando la profundidad de la tragedia que estaba presenciando Jerusalén y el mundo.

Finalmente, llegaron al Gólgota. Allí, Jesús fue despojado de sus vestiduras, que fueron repartidas entre los soldados, y fue clavado en la cruz, sus manos y pies perforados con brutalidad. Elevado entre el cielo y la tierra, se convirtió en un símbolo de intersección, donde la divinidad encontraba la humanidad en su punto más bajo, y donde la vida se encontraba con la muerte.

A su lado, dos criminales fueron crucificados, compartiendo su destino, pero no su inocencia. La inscripción sobre su cabeza,

> "Este es Jesús, el Rey de los Judíos", escrita en tres idiomas, proclamaba su "crimen", pero también revelaba su verdadera identidad, aunque en un tono de cruel ironía.

Desde la cruz, Jesús observó a la multitud, a los soldados, a los líderes religiosos que se burlaban, y a sus seres queridos, su madre María, Juan, y algunas mujeres que lo habían seguido desde Galilea, que permanecían a una distancia dolorosa. Sus últimas palabras y acciones, incluso en la agonía, fueron de perdón, cuidado y cumplimiento de las Escrituras.

El vía crucis de Jesús, desde la casa de Pilato hasta el Gólgota, fue un camino de sufrimiento inimaginable, pero también un camino de amor incomprensible.

En cada paso, en cada caída, en cada gota de sangre derramada, se revelaba el corazón de Dios, dispuesto a sufrir lo indecible, a cargar

con el peso del pecado y la muerte, para traer vida, esperanza y salvación a toda la humanidad. En la entrega de Jesús a sus torturadores y en su viaje hacia la cruz, se cumplía el acto más profundo de justicia divina, un acto que transformaría el mundo para siempre.

21. En la Cruz

La crucifixión de Jesús no fue solo un evento histórico marcado por la brutalidad romana; fue el momento culminante de un plan divino, una convergencia de justicia celestial y amor insondable. En la colina del Gólgota, bajo un cielo que pronto se oscurecería, se desplegó un drama que cambiaría el curso de la humanidad.

Jesús, exhausto por el tormento previo y la carga de la cruz, fue clavado en el madero. Los soldados romanos, ejecutores experimentados, realizaron su trabajo con una eficiencia despiadada. A su alrededor, una multitud se reunía: algunos lloraban, otros se burlaban, y muchos simplemente observaban, inmersos en una mezcla de curiosidad y horror.

A cada lado de Jesús, dos ladrones también fueron crucificados, compartiendo su destino, pero no su inocencia. Uno de ellos, en medio de su propio sufrimiento, lanzó insultos a Jesús, desafiándolo a salvarse a sí mismo y a ellos. Pero el otro, reconociendo la justicia en medio de la injusticia, reprendió a su compañero y pidió ser recordado en el reino de Jesús.

> "De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso", fue la promesa de Jesús, una declaración de gracia inquebrantable incluso en la agonía.

Sobre la cabeza de Jesús, una inscripción declaraba en tono de burla su "crimen":

> "Este es Jesús, el Rey de los Judíos".

Los líderes religiosos y los transeúntes lo escarnecían, retándolo a descender de la cruz si realmente era el Hijo de Dios. Pero Jesús, cuya realeza no era de este mundo, permanecía en su lugar de sufrimiento, cumpliendo el propósito para el cual había venido.

En un momento dado, sediento, Jesús dijo:

> "Tengo sed". Se le ofreció vinagre, un gesto de crueldad disfrazado de misericordia, cumpliendo así otra profecía escrita

sobre el Mesías.

Su humanidad nunca estuvo más evidente que en esta simple expresión de necesidad física, un recordatorio de que el Verbo se había hecho carne y habitaba entre nosotros, experimentando la gama completa de sufrimiento humano.

La oscuridad comenzó a cubrir la tierra, un eclipse sobrenatural que simbolizaba la gravedad del momento.

> "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?", exclamó Jesús, citando el Salmo 22, expresando la profundidad de su desolación mientras cargaba con el peso del pecado del mundo. En esta exclamación, Jesús experimentó la separación de Dios, un abismo de desesperación que solo Él podía conocer y soportar.

Finalmente, después de horas de agonía, Jesús pronunció:

> "Todo está consumado".

Su cabeza se inclinó, y entregó su espíritu. En ese momento, el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo, simbolizando el acceso directo a Dios que su sacrificio había logrado. La tierra tembló, las rocas se partieron, y tumbas se abrieron, como si la creación misma reaccionara ante la muerte del Creador.

Un centurión romano, testigo de estos eventos, exclamó:

> "Verdaderamente este hombre era el Hijo de Dios". Era una confesión que surgía del caos y la oscuridad, un reconocimiento de la verdadera identidad de Jesús incluso en su muerte.

La muerte de Jesús en la cruz fue el punto culminante de su misión terrenal, un acto de amor y obediencia sin parangón. En su sufrimiento, llevó sobre sí las iniquidades de todos nosotros, y por sus heridas fuimos sanados. La cruz, instrumento de tortura y vergüenza, se transformó en el símbolo más poderoso de esperanza y redención.

En la oscuridad que cubrió el mundo, en el temblor de la tierra y

en el silencio que siguió a su último aliento, se sentía la promesa de la luz que vendría, la certeza de la mañana de resurrección que rompería el poder del pecado y la muerte para siempre. En la cruz, Jesús no sólo enfrentó la injusticia del poder; la venció, abriendo un camino hacia la vida eterna para todos los que creen en Él.

22. El Sepulcro

La tierra aún temblaba, resonando con los ecos de la crucifixión, cuando el cielo comenzó a despejarse de la oscuridad que lo había envuelto repentinamente tras la muerte del Señor. El estruendo celestial se apaciguó, dejando tras de sí un silencio profundo, roto solo por el llanto y los lamentos de aquellos que permanecían al pie de la cruz. Entre ellos, María, la madre de Jesús, sostenida por Juan, el discípulo amado, y las otras mujeres que habían seguido a Jesús desde Galilea, permanecían en vigilia, sumidas en un dolor que trascendía las palabras.

La ley judía dictaba que los cuerpos no debían permanecer en la cruz durante el Sabbath, especialmente cuando este coincidía con la Pascua. José de Arimatea, un miembro respetado del Sanedrín que secretamente había seguido a Jesús, se adelantó. A pesar del riesgo y la posible represalia, se presentó ante Poncio Pilato para pedir el cuerpo de Jesús. Pilato, sorprendido de que Jesús hubiera muerto tan pronto, convocó al centurión para confirmar su deceso antes de conceder la petición.

Con la autorización obtenida, José, acompañado por Nicodemo, el mismo que una vez buscó a Jesús en la oscuridad de la noche para inquirir sobre la verdad del reino de Dios, se dirigió al Gólgota. Llevaban consigo cerca de cien libras de una mezcla de mirra y áloe, según la costumbre de la sepultura judía, preparados para honrar el cuerpo de Jesús con los ritos funerarios apropiados.

Al llegar, se encontraron con la escena desoladora de la crucifixión. Los soldados romanos, que habían supervisado las ejecuciones, ya habían roto las piernas de los otros dos crucificados para acelerar su muerte. Sin embargo, al acercarse a Jesús, vieron que ya había fallecido. Para confirmarlo, uno de los soldados le atravesó el costado con una lanza, y de la herida manó una mezcla de sangre y agua, un testimonio mudo de la realidad de su muerte.

Con reverencia y cuidado, José y Nicodemo procedieron a bajar el cuerpo de Jesús de la cruz. Las manos que habían sanado a los enfermos y bendecido a los niños, los pies que habían recorrido innumerables millas para llevar buenas nuevas, ahora yacían inertes, marcados por la brutalidad de los clavos y la lanza. Envuelto en un manto de tristeza y respeto, el cuerpo fue desprendido de la madera, un acto final de servicio y amor por parte de aquellos que habían llegado a creer en Él.

Una vez en tierra, el cuerpo fue cuidadosamente envuelto en una sábana limpia, la Sábana Santa, que José había proporcionado. Con manos temblorosas pero decididas, ungieron el cuerpo con las especias, envolviéndolo según la tradición, preparándolo para su descanso final. María, junto con las otras mujeres, observaba desde una distancia respetuosa, su corazón atravesado por la espada del dolor más profundo que una madre podría experimentar.

El sol comenzaba a declinar cuando trasladaron el cuerpo de Jesús al sepulcro. José había dispuesto un lugar en su propia tumba nueva, excavada en la roca, un gesto de devoción y respeto. Allí, en ese jardín cerca del lugar de la crucifixión, depositaron el cuerpo de Jesús. Rodaron una gran piedra a la entrada del sepulcro, sellando la cámara mortuoria, mientras los guardias romanos, asignados a petición de los líderes judíos temerosos de que el cuerpo pudiera ser robado, montaban guardia.

La sepultura de Jesús marcó el final de un capítulo, pero solo era el preludio de un misterio aún mayor que estaba por revelarse. En la quietud del sepulcro, en la soledad del jardín, se gestaba la promesa de la esperanza más grande, una promesa que la piedra y los sellos no podrían contener.

Así, en la penumbra del crepúsculo, mientras el Sabbath comenzaba a extender su manto de reposo sobre Jerusalén, el cuerpo de Jesús yacía en el sepulcro, esperando el amanecer de un nuevo día, el amanecer

de una nueva creación, el amanecer de la resurrección que confirmaría su señorío sobre la vida y la muerte, y que proclamaría su victoria definitiva sobre el pecado y la tumba.

23. El Resucitado

La oscuridad que había envuelto a Jerusalén comenzó a disiparse con la llegada del tercer día. El sol emergía, lanzando sus primeros rayos sobre la ciudad que había sido testigo de la crucifixión más impactante de la historia. Sin embargo, en este nuevo día, un evento aún más trascendental estaba a punto de desplegarse, uno que cambiaría el curso de la humanidad para siempre.

Muy temprano, mientras los primeros destellos de luz teñían el cielo, algunas mujeres, entre ellas María Magdalena y María, la madre de Santiago, se dirigieron al sepulcro. Llevaban consigo especias aromáticas, preparadas para ungir el cuerpo de Jesús, un último acto de amor y devoción. Sin embargo, lo que encontraron al llegar al jardín donde estaba la tumba desafió toda lógica y entendimiento: la enorme piedra que sellaba la entrada había sido removida.

Perplejas y temerosas, se asomaron al interior del sepulcro, sólo para descubrir que el cuerpo de Jesús no estaba allí. En medio de su confusión y asombro, un ángel del Señor, cuya apariencia resplandeciente era como un relámpago, les habló:

> "No temáis. Sé que buscáis a Jesús, el crucificado. No está aquí; ha resucitado, tal como dijo. Ir y ver el lugar donde yacía. Luego, ir rápido y contar a sus discípulos: 'Él ha resucitado de entre los muertos y va delante de vosotros a Galilea. Allí lo verán'".

Las mujeres, llenas de miedo y gran alegría, corrieron a llevar la noticia a los discípulos. Sin embargo, sus palabras parecían a los hombres como desvaríos, difíciles de creer en medio del dolor y la desilusión que los embargaba.

Mientras tanto, en una habitación oculta de Jerusalén, los discípulos se encontraban reunidos, las puertas cerradas por el miedo a las represalias de las autoridades judías. El ambiente estaba cargado de incertidumbre y tristeza, una mezcla de luto por la pérdida de su

maestro y temor por su propio futuro.

De repente, en medio de su conmoción, Jesús mismo se presentó en medio de ellos, a pesar de las puertas cerradas.

> "Paz para vosotros", les dijo, mostrándoles sus manos y su costado. La incredulidad y el temor se transformaron en gozo y asombro al reconocer a su Señor y Maestro, vivo de nuevo. Jesús sopló sobre ellos y les dijo: "Recibir el Espíritu Santo".

Tomás, uno de los Doce, no estaba presente en este encuentro. Cuando los otros discípulos le contaron lo ocurrido, se mostró escéptico.

> "Si no veo en sus manos la marca de los clavos, y si no meto mi dedo en las marcas de los clavos y mi mano en su costado, no lo creeré", afirmó.

Ocho días después, los discípulos estaban nuevamente reunidos, y esta vez Tomás estaba con ellos. A pesar de las puertas cerradas, Jesús vino y se puso en medio de ellos, diciendo nuevamente:

> "Paz para vosotros ". Luego, se dirigió directamente a Tomás: "Trae aquí tu dedo, y mira mis manos; y trae tu mano, y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente". Tomás, superado por la evidencia de la resurrección y la presencia abrumadora de Jesús, exclamó: "¡Señor mío y Dios mío!".

Jesús, mirando a Tomás con una mezcla de compasión y reafirmación, pronunció una bienaventuranza que resonaría a través de las edades:

> "Porque me has visto, has creído; bienaventurados los que no vieron y creyeron".

La resurrección de Jesús no fue solo la confirmación de su divinidad y señorío; fue también la inauguración de una nueva creación, el primer fruto de una humanidad redimida y restaurada. La tumba vacía y el Señor resucitado se convirtieron en el fundamento de la fe cristiana, un testimonio de esperanza que proclama que la vida

tiene la última palabra, que el amor es más fuerte que la muerte, y que todos los que confían en Cristo, aunque mueran, vivirán.

24. Los Doce y la Ascensión

Tras la resurrección, Jesús se apareció a sus discípulos en varias ocasiones, revelándoles las profundidades de su misión y preparándolos para la tarea monumental que tenían por delante. Cada aparición, cada palabra compartida, fortalecía la fe de los discípulos y esclarecía el camino que debían seguir en el mundo que los esperaba, un mundo que aún yacía en la sombra de la ignorancia y el pecado.

En una de estas reuniones, junto al mar de Galilea, Jesús se dirigió a Pedro, el mismo que había negado conocerlo, pero que ahora era restaurado en amor y comisión. Tres veces Jesús preguntó a Pedro si lo amaba, y tres veces Pedro afirmó su amor, una declaración que sanaba las heridas de la negación pasada.

> "Apacienta mis corderos... Pastorea mis ovejas... Apacienta mis ovejas", instruyó Jesús, confiando a Pedro una responsabilidad que resonaría a través de los siglos: ser la piedra sobre la cual se edificaría la Iglesia, un bastión de fe y refugio para los creyentes.

Antes de su ascensión, Jesús reunió a sus discípulos en un monte en Galilea, el mismo lugar donde había impartido muchas de sus enseñanzas fundamentales. Allí, con la autoridad del cielo y la tierra conferida a Él, impartió la Gran Comisión, un mandato que definiría el propósito y la misión de sus seguidores:

> "Ir, pues, y hagan discípulos de todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, enseñándoles a guardar todo lo que les he mandado. Y he aquí, yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo".

Este mandato no era solo una instrucción; era una habilitación, el envío del Espíritu Santo que los capacitaría para ser testigos de Cristo en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta lo último de la tierra. La misión era clara: llevar la luz del Evangelio a cada rincón oscuro,

proclamar la buena nueva de la salvación, la redención y el amor inquebrantable de Dios.

Tras estas últimas enseñanzas, Jesús condujo a sus discípulos a Betania. Allí, levantando sus manos, los bendijo, un gesto que encapsulaba su amor, su misión y su promesa de presencia continua. Mientras los bendecía, comenzó a elevarse, ascendiendo al cielo ante los ojos asombrados de sus seguidores. Una nube lo recibió fuera de su vista, marcando el final de su ministerio terrenal, pero el comienzo de su reinado eterno a la diestra de Dios.

Los discípulos, aunque inicialmente quedaron mirando fijamente al cielo, pronto se llenaron de una alegría inmensa. Regresaron a Jerusalén con gran gozo, continuamente en el templo, bendiciendo a Dios, esperando la promesa del Espíritu Santo que Jesús les había anunciado. Sabían que, aunque Jesús ya no estaba físicamente con ellos, su presencia y poder los acompañarían siempre, guiándolos en la misión que tenían por delante.

La ascensión de Jesús no fue una despedida, sino una comisión, un envío que transformaría a un pequeño grupo de discípulos en un movimiento que se extendería por todo el mundo, trascendiendo culturas, idiomas y épocas. La Iglesia, fundada sobre la roca de Pedro y edificada por los apóstoles y profetas, con Cristo mismo como piedra angular, se convertiría en el cuerpo de Cristo en la tierra, llamada a vivir y proclamar el amor y la verdad que Él encarnó.

Así, la ascensión de Jesús marcó el inicio de una nueva era, la era de la Iglesia, donde cada creyente es llamado a participar en la gran misión de Dios, extendiendo el reino de los cielos hasta que Él regrese en gloria y majestad. En este interludio celestial, los seguidores de Cristo son embajadores del reino, portadores de la cruz, y heraldos de la esperanza que se encuentra únicamente en Jesucristo, el Salvador del mundo, el Rey de reyes y Señor de señores.

25. La muerte no es el final

ROMA

Año 64 de nuestra era.

Bajo el imponente Coliseo, en las profundidades de las mazmorras romanas, el soldado y el ladrón, cuyas vidas habían sido marcadas por caminos muy distintos, compartían ahora el mismo destino. Las paredes de piedra de su celda, húmedas y frías, eran testigos mudos de sus últimos momentos en la tierra. Fuera de su prisión temporal, el clamor de la multitud en el Coliseo se mezclaba con el rugido de las bestias, presagios ominosos de lo que estaba por venir.

El ladrón, conmovido por la historia que había escuchado y cuya vida había sido una sucesión de decisiones erróneas y caminos torcidos, se encontraba ahora frente a la inminencia de su final mortal. Las sombras de la celda no podían ocultar la luz de la revelación que comenzaba a amanecer en su corazón. Recordaba las historias que había escuchado sobre un hombre llamado Jesús, un hombre que había transformado vidas, incluso en la cruz, un hombre cuya muerte había sido seguida por rumores de una resurrección.

Entre lágrimas, el ladrón comenzó a orar, no con las palabras vacías de quien busca escapar del sufrimiento, sino con la sinceridad de quien busca redención.

> "Dios mío", susurraba, "si realmente estás ahí, si realmente eres tan misericordioso como dicen, acoge mi alma. He vivido en la oscuridad, pero en estos últimos momentos, anhelo tu luz".

El soldado, testigo del cambio en su compañero de celda, se encontraba en su propio calvario interno. Había sido entrenado para la dureza, para ver la vida y la muerte como partes del deber, pero la vulnerabilidad del ladrón y la proximidad de su propio final lo llevaron a cuestionar todo lo que había conocido. Aunque ahora, su fe le fortalecía ante su cruel destino.

Finalmente, la puerta de la celda se abrió. La luz del día irrumpió

en la oscuridad, revelando las figuras de los guardias que venían a llevarlos a su destino final. Junto con muchos otros prisioneros - mujeres, niños, hombres y ancianos - fueron conducidos a través de los corredores subterráneos hacia la arena del Coliseo. Eran tiempos de persecución bajo el edicto de Nerón, tiempos en los que ser cristiano o ser considerado enemigo del estado podía llevar a un hombre a enfrentarse a las bestias o al fuego.

Al salir a la arena, el sol golpeó sus rostros, y la realidad de su situación se hizo completamente palpable. Ante ellos, una multitud sedienta de espectáculo, y más allá, las jaulas con las bestias. Pero en el corazón del ladrón, algo había cambiado. El miedo a la muerte había dado paso a una paz inexplicable, una certeza de que, aunque su cuerpo fuera destrozado, su espíritu encontraría descanso en algún lugar más allá de este mundo cruel.

El soldado, por su parte, observaba la escena con una nueva perspectiva. La valentía y la paz que emanaban del ladrón convertido lo impactaron profundamente. En los últimos momentos, mientras las puertas de las jaulas se abrían y las bestias emergían, encontró la fuerza para mirar más allá de la arena, más allá de la multitud, hacia el cielo.

La masacre fue brutal y rápida, pero en medio del caos, hubo un momento en el que el soldado y el ladrón intercambiaron una mirada, un reconocimiento silencioso de que algo trascendental los unía ahora. En esa fracción de segundo, el soldado sintió una chispa de fe, un destello de esperanza.

La muerte no es el final. Esa fue la revelación que iluminó a ambos hombres en sus últimos instantes. Para el ladrón, fue la certeza de la redención y el perdón. Para el soldado, fue el inicio de una búsqueda, un cuestionamiento que sobreviviría a su muerte física.

En el Coliseo, la sangre de los mártires se derramó sobre la arena, pero su sacrificio sembró semillas de fe que germinarían en los

corazones de muchos, incluso en los más inesperados. En la oscuridad de la persecución, la luz del Evangelio brillaba con una intensidad que ni el más poderoso de los emperadores podría extinguir.

La muerte, aunque pareciera triunfar, había sido vencida por la resurrección, y el amor demostrado en la cruz se revelaba como la fuerza más poderosa del universo, capaz de transformar incluso al ladrón más endurecido y al soldado más escéptico.

TOLMARHER

Descubre otras novelas y más sobre TOLMARHER en:

- ✓ Web oficial con todas las novelas:

https://tolmarher.com

- ✓ Canal Instagram:

https://www.instagram.com/tolmarher/

- ✓ Canal TikTok:

https://www.tiktok.com/@tolmarher

- ✓ Canal Telegram:

https://t.me/Canal_Tolmarher